

mente es aterrador ese desfile de seres, que sólo quieren devorar, destruir.

En la blanca superficie del lienzo untado de glicerina, proyectó el príncipe seres rarísimos, creaciones de pesadilla y de calentura. Peces enormes, que son todo cabeza, con ojos como faros; otros que son todo boca, una boca tragona, enorme, rematada en un rabillo puntiagudo; otros á quienes la sabia naturaleza ha provisto de una hilera de foquitos eléctricos para alumbrarse en las obscuras profundidades del mar; medusas que semejan flores vivientes; cangrejos monstruosos, con pinzas que parecen, aun quietas, animadas de maléfica intención, dispuestas á atarazar y deshacer carne; espantables arañas de mar, y cien y cien endriagos que nos horrorizarían si los viésemos en su elemento, aunque algunos de ellos figuran en las mesas y den pasto á la golosina. El animalito más singular y sorprendente de cuantos el príncipe exhibió, fué uno que consistía en un saco transparente y una multitud de hilillos sueltos, contráctiles. Figuraos una especie de esfera de cristal que se encogiese y estirase y adoptase los aspectos más variados; tan pronto cónico, como oval, como enhiesito, en figura de lanza; y, al pie de esa esfera, innumerables hebras de cristal también, ya enroscadas, ya flotando á guisa de madeja, ó de cabellera fantástica. Este animal, en rigor, no es más que un estómago, y los hilos, son los brazos y uñas con que atrapa la comida. Incesantemente coge lo que ha de satisfacer su glotonería, estirando los hilillos hasta distancias inverosímiles, y, con ellos, registrando las capas del agua, en busca de corpúsculos y microorganismos para el sustento. Estos seres son voracísimos, y no cesan de comer, reduciéndose á tal función su existencia. Es en el fondo del mar donde la fatalidad orgánica se revela imperiosa, furibunda, por decirlo así, y donde más exacta parece la definición de Leopardi, que dice que la naturaleza no se cuida del bien, sino solo del ser. Un sentimiento de admiración profunda nos sobrecoge, al considerar el camino que ha sido necesario andar, desde ese globo ó ampolla con más brazos que el gigante Briareo, hasta el hombre, capaz de todas las abnegaciones sublimes. Y es de advertir que el globo lleno de aire, que se contrae y se dilata á su gusto, es ya un portento de organización comparado al polvillo animal, rudimento de la vida, que forma el fondo de los mares.

Nos mostró el príncipe también la dramática operación de la pesca de la ballena, hecha por las balleneras de su yacht. El enorme cetáceo se persigue para obtener los residuos de su estómago, en el cual se encuentran peces enteros y curiosísimos. Claro es que la ballena tiene otras utilidades: su grasa, sus costillas, todo es aprovechable para la industria. En el caso del príncipe Alberto de Mónaco, es lo gástrico lo que importa. En proyecciones asistimos al harponeamiento, la izadura, el descuartizamiento del cetáceo; su sangre inundó el puente de la embarcación, y se contempló el estómago, extraído humeando, y que, al ser vaciado, dejaba caer una masa de peces y osamentas y vértebras, restos de las presas realizadas por el coloso, que, para sostener su corpachón, necesita rellenarlo á cada momento. En el mar, es la ley: comer, comer, comer incesantemente... No hay entre los animales marinos, como suele haber entre los terrestres, luchas por la hembra; no hay celos, no hay venganzas, no hay odios, pero hay el apetito, jamás saciado, del cual se engendra la destrucción. Se mata porque hace falta atiborrarse. Es la vida elemental, terrible, de la naturaleza desenfrenada.

También presenciábamos, en el cinematógrafo del príncipe, las excursiones boreales, el paisaje blanco. Enormes témpanos errantes; magníficas praderas de césped, alfombradas de hielo; focas acabadas de cazar; lindísimos pájaros tontos, que, ignorantes, como el príncipe decía, de la maldad humana, miraban á los primeros hombres que se les aparecían, con actitudes de graciosa inocencia, en inmovilidad absoluta; todo el aspecto, de la vida polar, desfiló ante nosotros. No fué la menor de las curiosidades de tal vida, la proyección que nos mostró á una profesora de botánica, una señora sueca, vestida como lo requerían las circunstancias, y estudiando, en medio del desierto glacial y en una chocilla como las de los esquimales, la flora de aquellas latitudes. «La dejábamos sola allí quince días con provisiones—declaró el príncipe,—y á la vuelta, la encontrábamos muy contenta y con mucho trabajo hecho.» Yo supongo que en aquella costa, donde se alzaba puede decirse que se alzaba, la chata cabañuela de la investigadora, no habría osos blancos. Si los hubiese, de un zarpazo tiran la choza, y de un bocado se meriendan á la científica.

Mientras se desarrollaban estos cuadros, el audi-

torio presentaba otro cuadro también digno de fijar las miradas, y que las atraía, siempre que cesaba la obscuridad necesaria para las proyecciones. Era la fila de personas reales que asistía á la conferencia y que la oyó de cabo á rabo, á pesar de que duró dos horas y media justas. La reina estaba radiante de hermosura y de elegancia. Conste que yo no escribo estas frases por rutina, como los revisteros, que no pueden menos de hacerlo, sopena de enojar á sus lectoras. La reina, insisto en ello, era un retrato de Reynolds ó un cromo inglés, lo que ustedes gusten: algo imponente á fuerza de ser bella. Llevaba un abrigo todo de armiño, desde la cabeza á los pies, amplio y airoso; las colitas del animal, que ya va siendo tan raro que hay quien supone que no existe, guarnecían en estudiado desorden el cuello de la elegante prenda. La cabeza la cubría una toca de la misma finísima piel, como el ampo de la nieve, y á un lado de la toca, pobladísimo airón de pluma en hilos formaba como una nube, gallardeando. Bajo este tocado ártico, el color rubio del cabello y el candor rosado de la tez, purificada por las nieblas de Albión, eran una nota espléndida. Yo me acordaba de Sorolla, que, cuando hizo en Sevilla el retrato de la soberana, dijo que su carnación y su cabello eran «una orgía, un deslumbramiento de colorido.»

Para que las cosas resaltasen por contraste, muy próximas á la familia real estaban dos mujeres que recordaban á la Alba y á la Vidal, cuando estas dos magistrales características se visten de patronas de huéspedes. En España he notado que sucede frecuentemente esto: no sé si en el extranjero ocurrirá lo mismo; es fácil que sí; pero en fin, es en España donde he tenido ocasión de observarlo. Siempre que se verifica alguna pública solemnidad, se reserva un sitio especial, que parece destinado á una categoría especial también de personas. Al principio, no se deja entrar en él á nadie. Transcurrida media hora, empezáis á ver que se introducen en el santuario gentes cuya facha os sorprende. Pasada otra media hora, se cuela allí todo el mundo. ¿Por qué? Nadie se lo explica.

Las personas bien educadas, de elemental corrección social, respetan siempre esos sitios reservados, y se colocan entre el público, donde pueden. Pero, cinco minutos después, una mujer con trazas de patrona de huéspedes, pavoneándose, va á colocarse lo más cerca posible de sus majestades, en el lugar de preferencia y en breve, otra mujer, trajeada por el estilo, casi sin peinar, sin guantes, ó sacando las puntas de los dedos por unos de luto muy descosidos, se planta al lado de la anterior, próxima también á la mesa de honor y en el sitio más cómodo para ver y oír al conferenciante. Y no tarda en asomar una señora dudosa, pero con altísimo sombrero de plumas. Releéis, asombrados, la papeleta de invitación, y confirmáis que dice: «Sin sombrero.» No creéis á vuestros ojos, y, seguidamente, os calificáis de necios, de majaderos. ¿De modo que se puede venir con sombrero aunque la papeleta diga lo contrario? Y nada: no sólo la dama del sombrero continúa impávida, muy bien acomodada y molestando á los que se encuentran detrás de ella, y á quienes impide ver, sino que otra, no menos emplumada penetra igualmente, y luego otra... ¿Qué significa entonces la división de plaza? ¿Por qué se han reservado asientos que suponen, para ocuparlos, categorías y distancias sociales, si ha de aprovecharlos el primero que se le antoja ó que es amigo de un ujier, por ejemplo?

Recuerdo que en una ciudad de provincia, se celebraba una fiesta de aviación. Asistí á ella; y al ocupar mi localidad, noté que, en el mejor sitio, donde más se disfrutaba del espectáculo, estaba vacío y acotado un espacio muy grande, rodeado de cuerdas. Pregunté á quién se destinaba, y me respondieron que á las autoridades. Muy enorme se me figuró el palco para este objeto, pues cabían en él cien personas; pero me contenté con la explicación. Soy presidenta honoraria de la Sociedad que daba la fiesta; mas como quiera que esta circunstancia no me constituía en autoridad, continué en mi silla pagada, desde la cual apenas veía. Y noté que el palco de las «autoridades» empezaba á llenarse de niños y señoras, que ni aun eran de la familia de autoridad local alguna. Entonces me pareció que podría trasladarme á él, y, en efecto, me coloqué cómodamente en el famoso palco, pensando que más hubiese valido decir desde el principio que era... para quien les diese la gana á los acomodadores. Y lo mejor del caso fué que, en toda la tarde, no asomó por él ni la sombra de una autoridad. Nada; no vimos ni media. No hubo mando. Es lo que pasa siempre. Cada cual hace, buenamente, lo que se le antoja. Y luego renegarán de los anarquistas...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha pasado por Madrid el príncipe de Mónaco, con esa rapidez de los personajes de alto copete, que no suelen tener tiempo que perder en cosa alguna; pero, en tan corto plazo, ha dado dos nutridas conferencias, una en el Conservatorio y otra en el Ateneo, y ha trabado conocimiento con muchos sabios... No pasemos adelante; vaya una digresión enteramente accidental, y consagremos unos párrafos á la palabra «sabios», mejor dicho, al sentido que se le da frecuentemente.

Sabio, y valga la perogrullada, es el que sabe. Pero la gente propende á denominar *sabios* exclusivamente á los que cultivan las ciencias naturales, físicas y exactas. Y esto me parece una injusticia. Sabio es el que sabe, repito, y se puede saber de muchas cosas; hasta cabe que se cultiven las ciencias antedichas, que comúnmente se tienen por materia propia de la sabiduría, y, no estando muy fuerte en ellas, no se puede alardear de sabio ni en eso. ¿Acaso no hay astrónomos poco fuertes en astronomía, y químicos que merecen el gracioso mote de *pucherólogos*, que les aplicaba Laureano Calderón? ¿Acaso el hecho de decir que se estudia una ciencia basta para tener en ella competencia suma?

Cuando ocurrió el paso de Venus por el disco solar, vinieron á España ininidad de profesores, de muchos puntos de Europa, y al nombrarlos, se decía corrientemente «los sabios», como si no hubiese otra designación. No todos serían lo que se llama un pozo de ciencia; muchos de ellos acaso fuesen nulidades. Cuando se está muy versado en algo, justo es que sabio se llame al que lo posee; pero materia puede ser... ¡hasta la cocina! ¿No era acaso Brillat Savarin un sabio, no poseía la ciencia de comer bien y docitamente? ¿No era otro maestro el marqués de Villena? Desestánquese la palabra *sabio*, y no se califique de tal á un señor que ha preferido enseñar química á enseñar literatura, pero que no es un Lavoisier, como no sería un Menéndez y Pelayo aunque se consagrara á la erudición literaria.

Todo esto no va, ciertamente, con mi amigo el príncipe de Mónaco. Este sí que debe calificarse de sabio, porque la materia de sus estudios la domina, y ha consagrado á ella su existir. Si esto no se supiese de positivo, se habría demostrado en las dos conferencias, en las cuales, sin ajustarse rigurosamente al aspecto técnico de la ciencia oceanográfica, que no hubiese comprendido un auditorio compuesto, en su mayor parte, de profanos, reveló cuán lleno estaba del asunto, y qué pasión ardorosa le inspira esta ciencia novísima, en la cual, como en muchas de sus afines, hay, al lado de certidumbres, meras conjeturas y tanteos. La Oceanografía, nos ha dicho el príncipe, no existía hace veinticinco años. Y es exacto, en el sentido en que hablaba el príncipe, aunque sean anteriores los trabajos de los científicos alemanes é ingleses sobre corales y espongiarios, y los de Augusto Linnaeus en España, el cual, después de haber buscado con afán el misterio de las cristalizaciones, cultivó la Biología marítima, que es una rama de la Oceanografía. Todas estas investigaciones tienen por objeto algo que reviste los caracteres de ideal, puesto que aspira á rasgar el velo que envuelve los orígenes de la vida orgánica. En el mar se supone que comenzó, de acuerdo con el Génesis, que en el orden de la creación no ha sido desmentido por lo que la ciencia puede rastrear. Es en el agua de los océanos, en su hondura pavorosa, donde la vida asoma por primera vez. ¡Y con qué furiosa energía de formas, colores, actividades vitales! Literal-